

clave

Neale Donald Walsch nació en Milwaukee en el seno de una familia católica que le enseñó a nunca temer a Dios. Tras abandonar la universidad, se dedicó al periodismo radiofónico, a la prensa escrita, al marketing y a diversos negocios, aunque no encontró satisfacción en ninguno de estos campos. Lo mismo le sucedía en su vida privada, con cuatro casamientos seguidos de reñidos divorcios. Tras un accidente de coche que casi le cuesta la vida, la imposibilidad de trabajar y su último divorcio lo dejaron en la calle, donde vivió varios meses. En 1992, harto de las idas y vueltas de su tormentosa vida, decidió escribirle una carta a Dios. En ese momento, Neale dice haber escuchado una voz que respondió con candor a sus preguntas. Mientras escribía esas cartas llenas de preguntas, las respuestas afluían a su mente y él las escribía. Así nació *Conversaciones con Dios*, traducido a treinta y siete idiomas, con millones de ejemplares vendidos en todo el mundo y adaptado a la gran pantalla en 2006. Además de esta serie, ha publicado otros veintiocho libros y viajado por todo el mundo intentando transmitir su mensaje.

Conversaciones con Dios I

NEALE DONALD WALSCH

Traducción de
Francisco Ramos

DEBOLSILLO

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Título original: *Conversations with God*

Cuarta edición: noviembre de 2014

Sexta reimpresión: octubre de 2017

© 1995, Neale Donald Walsch

Publicado por acuerdo con G. P. Putnam's Sons de The Putnam Berkley Group, Inc.

© 1997, de la edición en castellano para España y América:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1997, Francisco Ramos, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9989-780-6

Depósito legal: B-7.339-2012

Impreso en Novoprint

Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

P 9 9 7 8 0 6

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Agradecimientos

En primer y último lugar, y siempre, quiero dar las gracias a la Fuente de todo lo que hay en este libro, de todo lo que vive; y de la propia vida.

En segundo término, quiero dar las gracias a mis maestros espirituales, entre quienes incluyo a todos los santos y sabios de todas las religiones.

En tercer lugar, me parece evidente que cada uno de nosotros podría elaborar una lista de personas que han influido en su vida de maneras tan significativas y profundas que escapan a cualquier intento de clasificación o descripción; personas que han compartido con nosotros su saber, nos han mostrado su verdad, han soportado nuestros defectos y debilidades con paciencia infinita, y nos han contemplado a través de todo esto, viendo en nosotros lo mejor que había. Personas que, tanto al aceptarnos como al *negarse* a aceptar aquellas partes de nosotros que sabían que realmente no queríamos, nos han hecho crecer; llegar a ser, de algún modo, *mayores*.

Las personas que han representado todo esto para mí han sido —además de mis padres— Samantha Gorski, Tara-Jenelle Walsch, Wayne Davis, Bryan Walsch, Martha Wright, el desaparecido Ben Wills Jr., Roland Chambers, Dan Higgs, C. Berry Carter II, Ellen Moyer, Anne Blackwell, Dawn Dancing Free, Ed Keller, Lyman W. (Bill) Griswold, Elisabeth Kübler-Ross, y el muy estimado Terry Cole-Whitaker.

Quiero incluir en este grupo a mis antiguos compañeros, cuya intimidad deseo respetar no mencionando sus nombres, pero cuyas aportaciones a mi vida entiendo y aprecio profundamente.

Y aunque mi corazón rebosa de gratitud por los dones que he reci-

bido de todas estas maravillosas personas, me resulta especialmente cálido pensar en mi esposa y compañera, Nancy Fleming Walsch, mujer de sabiduría, compasión y amor extraordinarios, quien me ha demostrado que mis más elevadas ideas sobre las relaciones humanas no tienen por qué quedarse en fantasías, sino que pueden ser sueños convertidos en realidad.

Finalmente, en cuarto lugar, quiero expresar mi reconocimiento a algunas personas a las que nunca he conocido, pero cuyas vidas y obras me han causado un impacto tan fuerte que no puedo dejar pasar esta ocasión sin darles las gracias, desde lo más profundo de mi ser, por los momentos de exquisito placer, lucidez en la comprensión de la condición humana, y, pura y simplemente, *Lifegefueelkin*¹ (¡el término es invención mía!) que me han proporcionado.

¿Sabe? Eso vendría a ser como cuando alguien le ha dado una prueba, un momento glorioso, de lo *realmente verdadero de la vida*. Para mí, la mayoría de ellos han sido artistas —creadores o intérpretes—; ya que es en el arte donde me inspiro, a donde me retiro en los momentos de reflexión y donde encuentro eso que llamamos Dios expresado de la manera más bella.

Así, quiero dar las gracias a... John Denver, cuyas canciones conmueven mi alma y la llenan de una nueva esperanza en lo que la vida puede llegar a ser; Richard Bach, cuyos escritos penetran en mi vida como si fueran míos, describiendo gran parte de lo que ha sido mi experiencia; Barbra Streisand, cuyo arte como directora, actriz y cantante fascina mi corazón una y otra vez, haciéndole *sentir* —y no simplemente saber— qué es lo verdadero; y el desaparecido Robert Heinlein, cuya literatura visionaria ha planteado preguntas y suscitado respuestas de una manera que nadie más se ha atrevido siquiera a considerar.

1. Con este término, el autor denota un «momento de percepción plena e intensa de la vida». [N. del T.]

Para

ANNE M. WALSCH

Quien no sólo me enseñó que Dios existe,
sino que abrió mi mente a la maravillosa verdad
de que Dios es mi mejor amigo;
y que fue mucho más que una madre para mí,
mas dio a luz *en* mí
a un anhelo y un amor hacia Dios,
y todo lo que es bueno.
Mamá fue
mi primer encuentro
con un ángel.

Y para

ALEX M. WALSCH

Quien me dijo muchas veces a lo largo de mi vida:
«Eso está chupado»,
«No aceptes un “no” por respuesta»,
«Crea tu propia suerte»,
y
«La esperanza es lo último que se pierde».
Papá fue
mi primera experiencia
de audacia.

Introducción

Está usted a punto de vivir una extraordinaria experiencia. Está a punto de mantener una conversación con Dios. Sí, sí. Lo sé... eso no es posible. Probablemente piense (o le han enseñado) que *eso no es posible*. Ciertamente, se puede hablar *a* Dios; pero no *con* Dios. Es decir: Dios no va a *contestar*, ¿no es eso? ¡Al menos no en la forma de una conversación normal y corriente!

Lo mismo pensaba yo. Pero luego me «ocurrió» este libro. Y lo digo literalmente. No se trata de un libro escrito *por* mí, sino que me ha «ocurrido» *a* mí. Y, cuando lo lea, le «ocurrirá» a usted, ya que *todos alcanzamos la verdad para la que estamos preparados*.

Probablemente, mi vida sería mucho más fácil si hubiera mantenido silencio acerca de todo esto. Pero esa no fue la razón de que me ocurriera. Y cualesquiera que sean los inconvenientes que el libro pueda causarme (como ser tildado de blasfemo, de impostor, de hipócrita por no haber vivido estas verdades en el pasado, o —lo que tal vez sea peor— de santo), ya no me es posible detener el proceso. Ni hacer lo que quiera. He dispuesto de ocasiones para apartarme de todo este asunto y no las he aprovechado. Respecto a este material, he decidido basarme en lo que me dice mi instinto, más que en lo que me pueda decir la mayoría de la gente.

Dicho instinto me dice que este libro no es un disparate, el exceso de una frustrada fantasía espiritual, o simplemente la autojustificación de un hombre frente a una vida equivocada. ¡Oh, bueno! ¡Pensé en todas estas cosas: en cada una de ellas! Así que di a leer este material a algunas personas cuando era todavía un manuscrito. Se emocionaron. Y lloraron. Y rieron por la alegría y el humor que contiene. Y, según me dijeron, sus vidas cambiaron. Se sintieron traspasados. Se sintieron poderosos.

Muchos me dijeron que se sintieron transformados.

Fue entonces cuando supe que este libro era para todo el mundo, y que *debía* publicarse; porque es un don maravilloso para todos aquellos que realmente quieren respuestas y a quienes realmente les preocupan las preguntas; para todos aquellos que han emprendido la búsqueda de la verdad con corazón sincero, alma anhelante y espíritu franco. Y eso significa, más o menos, *todos nosotros*.

Este libro aborda la mayoría de las preguntas —si no todas— que siempre nos hemos formulado sobre vida y amor, propósito y función, personas y relaciones, bien y mal, culpa y pecado, perdón y redención, el sendero hacia Dios y el camino hacia el infierno... todo. Trata directamente de sexo, poder, dinero, hijos, matrimonio, divorcio, vida, trabajo, salud, el más allá, el más acá... *todo*. Explora la guerra y la paz, el conocimiento y el desconocimiento, el dar y el recibir, la alegría y la pena. Examina lo concreto y lo abstracto, lo visible y lo invisible, la verdad y la mentira.

Se podría decir que este libro es «la última palabra de Dios sobre las cosas», aunque a algunas personas esto les puede resultar algo difícil, especialmente si piensan que Dios dejó de hablar hace 2.000 años, o que, si Dios ha seguido comunicándose, lo ha hecho únicamente con santos, curanderas o alguien que haya estado meditando durante treinta años, o bien durante veinte, o, por poner un mínimo decente, durante diez (ninguna de estas categorías me incluye).

Lo cierto es que Dios habla a todo el mundo. Al bueno y al malo. Al santo y al canalla. Y, sin duda, a todos nosotros. Usted mismo, por ejemplo. Dios se ha acercado a usted muchas veces en su vida, y esta es una de ellas. ¿Cuántas veces ha escuchado este viejo axioma: «Cuando el estudiante esté preparado, aparecerá el profesor»? Este libro es nuestro profesor.

Poco después de que este material empezara a «ocurrirme», supe que estaba hablando con Dios. Directa y personalmente. Irrefutablemente. Y que Dios respondía a mis preguntas en proporción directa a mi capacidad de comprensión. Es decir, me respondía de un modo, y con un lenguaje, que Dios sabía que yo entendería. Esto explica en gran medida el estilo coloquial de la obra y las referencias ocasionales al material recogido de otras fuentes y experiencias previas de mi vida. Ahora sé que todo lo que me ha acontecido siempre en mi vida *procedía de Dios*, y en ese momento se unía, se conjuntaba, en una magnífica y completa respuesta *a cada una de las preguntas que siempre tuve*.

Y en algún momento del recorrido me di cuenta de que se estaba produciendo un libro; un libro destinado a ser publicado. En realidad, durante la última parte del diálogo (en febrero de 1993) se me ordenó específicamente que se produjeran *tres* libros, y que:

1. El primer volumen tratara principalmente de temas personales, centrado en los desafíos y oportunidades de la vida de un individuo.
2. El segundo se ocupara de temas más generales, relativos a la vida geopolítica y metafísica del planeta, además de los retos a los que se enfrenta hoy el mundo.
3. El tercero tratara de las verdades universales de orden superior, así como de los desafíos y oportunidades del alma.

Este es el primero de los libros, terminado en febrero de 1993. En aras de la claridad debo explicar que, puesto que transcribí este diálogo a mano, subrayé o señalé con un círculo determinadas palabras o frases que me llegaban con un énfasis especial —como si Dios las hiciera retumbar—; en la composición tipográfica, estas palabras y frases aparecen en cursiva y subrayadas.

Tengo que decir también que, tras haber leído y releído la sabiduría contenida en estas páginas, estoy profundamente avergonzado de mi propia vida, que ha estado marcada por continuos errores y fechorías, algunos comportamientos sumamente vergonzosos, y algunas opciones y decisiones que, sin duda, otros consideran perjudiciales e imperdonables. Aunque experimento un profundo remordimiento por el hecho de que haya sido a través del dolor de otras personas, siento una increíble gratitud por todo lo que he aprendido en mi vida, y considero que *todavía* tengo que aprender por medio de los demás. Pido disculpas a todos por la lentitud de este aprendizaje. Sin embargo, Dios me alienta a perdonarme a mí mismo mis propias faltas y a no vivir en el temor y la culpa, sino seguir intentando siempre —no dejar de intentarlo— vivir una visión más grandiosa.

Sé que eso es lo que Dios desea para todos nosotros.

Neale Donald WALSCH
Central Point, Oregón
Navidad 1994

1

En la primavera de 1992 —recuerdo que fue por Pascua—, un fenómeno extraordinario ocurrió en mi vida. Dios empezó a hablar con usted. A través mío.

Me explicaré.

En aquella época era muy infeliz, personal, profesional y emocionalmente, sentía que mi vida era un fracaso a todos los niveles. Dado que, desde hacía años, había adquirido el hábito de escribir mis pensamientos en forma de cartas (que normalmente nunca enviaba), cogí mi fiel cuaderno de papel amarillo tamaño folio, y empecé a volcar mis sentimientos.

Esa vez, en lugar de escribir otra carta a otra persona de la que yo imaginaba ser una víctima, pensé que iría directamente a la fuente; directamente al mayor «victimizador» de todos. Decidí escribir una carta a Dios.

Fue una carta rencorosa, apasionada, llena de confusiones, deformaciones y condenas. Y un *montón* de enojosas preguntas.

¿Por qué mi vida no funcionaba? ¿Qué haría que *llegara* a funcionar? ¿Por qué no lograba ser feliz en mis relaciones? ¿Siempre iba a escapárseme la experiencia de disponer de suficiente dinero? Finalmente —y sobre todo— *¿qué había hecho yo para merecer una vida de continua lucha como la que tenía?*

Para mi sorpresa, cuando hube acabado de garabatear toda mi amargura, mis preguntas sin respuesta, y me disponía a dejar la pluma, mi mano se quedó suspendida sobre el papel, como si la sostuviera una fuerza invisible. De repente, la pluma empezó a *moverse por sí misma*. No sabía en absoluto lo que estaba a punto de escribir, pero parecía que iba a acudir una idea, de modo que decidí dejarme llevar. Y lo que salió fue:

¿Realmente descas una respuesta a todas esas preguntas, o simplemente te estás desahogando?

Parpadeé... y entonces surgió una respuesta en mi mente. La escribí también:

«Las dos cosas. Es verdad que me estoy desahogando; pero, si esas preguntas tienen respuesta, ¡tan cierto es que quiero oírlas como que hay infierno!»

Muchas cosas son ciertas... «como que hay infierno». Pero ¿no sería más agradable que lo fueran «como que hay Cielo»?

Y escribí:

«¿Qué se supone que significa eso?»

Sin que yo lo supiera, había empezado una conversación... y, más que escribir por mi cuenta, estaba *escribiendo al dictado*.

Este dictado duró tres años, y durante ese tiempo no tenía la menor idea de cómo acabaría. Las respuestas a las preguntas que yo expresaba en el papel no me llegaban hasta que no terminaba de escribir completamente cada pregunta y apartaba *mis propios pensamientos*. A menudo las respuestas me llegaban más de prisa de lo que podía escribir; entonces tenía que garabatear rápidamente para no quedarme atrás. Cuando me sentía confuso, o desaparecía la sensación de que las palabras me llegaban de otra parte, dejaba la pluma e interrumpía el diálogo hasta que de nuevo me sentía «inspirado» —lo siento: es la única palabra que realmente resulta apropiada— para volver a coger mi cuaderno de papel amarillo tamaño folio y reanudar la transcripción.

Esas conversaciones todavía duran en el momento en que estoy escribiendo esto. Y la mayor parte se encuentra en las siguientes páginas... las cuales contienen un asombroso diálogo que al principio no podía creer, que luego supuse que me resultaría personalmente valioso, pero que ahora comprendo que estaba destinado a otras personas y no sólo a mí. Estaba destinado a usted y a cualquiera que acceda a este material, puesto que mis preguntas son también las suyas.

Deseo que intervenga en este diálogo lo antes posible, ya que lo realmente importante no es *mi* historia, sino la *suya*. Es la historia de su vida la que aquí se presenta. Y si este material es importante, lo es para *su* experiencia personal. De lo contrario no estaría usted aquí, con él en las manos, en este momento.

Así pues, vamos a iniciar el diálogo con una pregunta que me había estado formulando durante mucho tiempo: ¿cómo habla Dios, y a quién? Cuando la planteé, he aquí la respuesta que obtuve:

Hablo a todo el mundo. Constantemente. La cuestión no es a quién hablo, sino quién me escucha.

Intrigado, le pedí a Dios que me lo explicara mejor. Y esto es lo que dijo:

En primer lugar, vamos a cambiar la palabra hablar por la palabra comunicarse. Es un término mucho mejor; resulta más completo y más apropiado. Cuando tratamos de hablar a otros —tú a Mí, Yo a ti—, inmediatamente nos vemos restringidos por la increíble limitación de las palabras. Por esta razón, no me comunico únicamente con palabras. En realidad, rara vez lo hago. Mi modo usual de comunicarme es por medio del sentimiento.

El sentimiento es el lenguaje del alma.

Si quieres saber hasta qué punto algo es cierto para ti, presta atención a lo que sientes al respecto.

A veces los sentimientos son difíciles de descubrir, y con frecuencia aún más difíciles de reconocer. Sin embargo, en tus más profundos sentimientos se oculta tu más alta verdad.

El truco está en llegar a dichos sentimientos. Te mostraré cómo. De nuevo. Si tú quieres.

Le dije a Dios que sí quería, pero que en ese momento deseaba aún más una respuesta completa y detallada a mi primera pregunta. He aquí lo que Dios me dijo:

También me comunico con el pensamiento. El pensamiento y los sentimientos no son lo mismo, aunque pueden darse al mismo tiempo. Al comunicarme con el pensamiento, a menudo utilizo imágenes. Por ello, los pensamientos resultan más efectivos como herramientas de comunicación que las simples palabras.

Además de los sentimientos y pensamientos, utilizo también el vehículo de la experiencia, que es un magnífico medio de comunicación.

Y finalmente, cuando fallan los sentimientos, los pensamientos y la experiencia, utilizo las palabras. En realidad, las palabras resultan el me-

dio de comunicación menos eficaz. Están más sujetas a interpretaciones equivocadas, y muy a menudo a malentendidos.

¿Y eso por qué? Pues debido a lo que son las palabras. Éstas son simplemente expresiones: ruidos que expresan sentimientos, pensamientos y experiencia. Son símbolos. Signos. Insignias. No son la Verdad. No son el objeto real.

Las palabras le pueden ayudar a uno a entender algo. La experiencia le permite conocerlo. Sin embargo, hay algunas cosas que uno no puede experimentar. Por eso os he dado otras herramientas de conocimiento: son los llamados sentimientos; y también los pensamientos.

La suprema ironía del asunto es que vosotros hayáis dado tanta importancia a la Palabra de Dios, y tan poca a la experiencia.

En efecto, dáis tan poco valor a la experiencia que, cuando vuestra experiencia de Dios difiere de lo que habéis oído sobre Dios, automáticamente desecháis la experiencia y os quedáis con las palabras, cuando debería ser precisamente lo contrario.

Vuestra experiencia y vuestros sentimientos sobre algo representan lo que efectiva e intuitivamente sabéis acerca de ello. Las palabras únicamente pueden aspirar a simbolizar lo que sabéis, y a menudo pueden confundir lo que sabéis.

Así pues, esas son las herramientas con las que Yo me comunico; aunque no sistemáticamente, pues ni todos los sentimientos, ni todos los pensamientos, ni toda la experiencia ni todas las palabras proceden de Mí.

Muchas palabras han sido pronunciadas por otros en Mi nombre. Muchos pensamientos y muchos sentimientos han sido promovidos por causas que no son resultado directo de Mi creación. Y muchas experiencias se derivan también de dichas causas.

La cuestión consiste en discernir. La dificultad estriba en saber la diferencia entre los mensajes de Dios y los que proceden de otras fuentes. Esta distinción resulta sencilla con la aplicación de una regla básica:

Vuestro Pensamiento más Elevado, vuestra Palabra más Clara, vuestro Sentimiento más Grandioso, son siempre Míos. Todo lo demás procede de otra fuente.

Con ello se facilita la labor de diferenciación, ya que no debería resultar difícil, ni siquiera para el principiante, identificar lo más Elevado, lo más Claro y lo más Grandioso.

No obstante, te daré algunas directrices:

El Pensamiento más Elevado es siempre aquel que encierra alegría.

Las Palabras más Claras son aquellas que encierran verdad. El Sentimiento más Grandioso es el llamado amor.

Alegría, verdad, amor.

Los tres son intercambiables, y cada uno lleva siempre a los otros. No importa en qué orden se encuentren.

Una vez determinado, utilizando estas directrices, qué mensajes son Míos y cuáles proceden de otra fuente, lo único que falta es saber si Mis mensajes serán tenidos en cuenta.

La mayoría de Mis mensajes no lo son. Algunos, porque parecen demasiado buenos para ser verdad. Otros, porque parece demasiado difícil seguirlos. Muchos, debido simplemente a que se entienden mal. La mayoría, porque no se reciben.

Mi mensajero más potente es la experiencia, e incluso a ésta la ignoráis; especialmente a ésta la ignoráis.

Vuestro mundo no se hallaría en el estado en que se encuentra si simplemente hubierais escuchado a vuestra experiencia. El resultado de que no escuchéis a vuestra experiencia es que seguís reviviéndola, una y otra vez; puesto que mi propósito no puede verse frustrado, ni mi voluntad ignorada. Tenéis que recibir el mensaje. Antes o después.

Sin embargo, no os forzaré. Nunca os coaccionaré; ya que os he dado el libre albedrío —la facultad de hacer lo que queráis—, y nunca jamás os lo quitaré.

Así pues, seguiré enviándoos los mismos mensajes una y otra vez, a lo largo de milenios y a cualquier rincón del universo en el que habitéis. Seguiré enviando infinitamente Mis mensajes, hasta que los hayáis recibido y los hayáis escuchado con atención, haciéndolos vuestros.

Mis mensajes pueden venir bajo un centenar de formas, en miles de momentos, durante un millón de años. No podéis pasarlos por alto si realmente escucháis. No podéis ignorarlos una vez los hayáis oído verdaderamente. De este modo nuestra comunicación empezará en serio, ya que en el pasado únicamente Me habéis hablado, Me habéis rezado, habéis intercedido ante Mí, Me habéis suplicado. Pero ahora puedo responderos, siquiera sea como lo estoy haciendo en este momento.

*¿Cómo puedo saber que esta comunicación procede de Dios?
¿Cómo sé que no se trata de mi propia imaginación?*

¿Qué diferencia habría? ¿No ves que puedo utilizar tu imaginación con la misma facilidad que cualquier otro medio? Te traeré los pensa-

mientos, palabras o sentimientos exactamente apropiados; y en un determinado momento, precisamente cuando me venga bien para mi propósito, utilizaré alguna sentencia, o varias.

Sabrás que esas palabras proceden de Mí porque tú, espontáneamente, no has hablado nunca con tanta claridad. Si hubieras hablado ya con claridad de tales asuntos, no te preguntarías acerca de ellos.

¿Con quién se comunica Dios? ¿Se trata de personas especiales?
¿En momentos especiales?

Todo el mundo es especial, y todos los momentos son buenos. No hay ninguna persona que sea más especial que otra, ni ningún momento que sea más especial que otro. Mucha gente decide creer que Dios se comunica de maneras especiales y únicamente con personas especiales. Esto libera a las masas de la responsabilidad de escuchar Mi mensaje, y aún más de aceptarlo (esa es otra cuestión), y les permite quedarse con lo que dicen otros. No tenéis que escucharme, puesto que ya habéis decidido que otros Me han oído acerca de todos los asuntos, y tenéis que oírles a ellos.

Al escuchar lo que otras personas piensan que Me han oído decir, vosotros no tenéis que pensar en absoluto.

Esta es la razón principal de que la mayoría de la gente eluda Mis mensajes a nivel personal. Si uno reconoce que recibe Mis mensajes directamente, entonces es responsable de interpretarlos. Es mucho más seguro y mucho más fácil aceptar la interpretación de otros (aunque se trate de otros que han vivido hace 2.000 años) que tratar de interpretar el mensaje que uno puede muy bien estar recibiendo en este mismo momento.

No obstante, te propongo una nueva forma de comunicación con Dios. Una comunicación de doble dirección. En realidad, eres tú quien me la ha propuesto a Mí, ya que he venido a ti, en esta forma, aquí y ahora, en respuesta a tu llamada.

¿Por qué algunas personas —como, por ejemplo, Jesucristo— parecen escuchar más lo que Tú comunicas que otras?

Porque algunas personas están verdaderamente dispuestas a escuchar. Están dispuestas a oír, y están dispuestas a permanecer abiertas a la comunicación aun cuando lo que oyen parezca espantoso, disparatado o manifiestamente equivocado.

¿Debemos escuchar a Dios aun en el caso de que lo que diga nos parezca equivocado?

Especialmente cuando parece equivocado. Si creéis que estáis en lo cierto respecto de algo, ¿para qué necesitáis hablar con Dios?

Seguid adelante, actuando según vuestro entender. Pero observad lo que habéis estado haciendo desde el principio de los tiempos. Y mirad cómo es el mundo. Evidentemente, en algo habéis fallado; y es obvio que hay algo que no entendéis. Lo que sí entendéis ha de pareceros correcto, puesto que «correcto» es un término que utilizáis para designar aquello con lo que estáis de acuerdo. Por lo tanto, aquello que se os escapa aparecerá, en un primer momento, como «equivocado».

La única manera de adelantar en esto es preguntándose uno mismo: «¿Qué pasaría si todo lo que considero “equivocado” fuese realmente “correcto”?». Todos los grandes científicos conocen esta pregunta. Lo que hace el científico no es simplemente trabajar; el científico cuestiona todos los presupuestos y prejuicios. Todos los grandes descubrimientos han surgido de la voluntad, de la capacidad, de no estar en lo cierto. Y eso es lo que se necesita en este caso.

No podéis conocer a Dios hasta que hayáis dejado de deciros a vosotros mismos que ya conocéis a Dios. No podéis escuchar a Dios hasta que dejéis de pensar que ya habéis escuchado a Dios.

No puedo deciros Mi Verdad hasta que vosotros dejéis de decirme las vuestras.

Pero mi verdad acerca de Dios procede de Ti.

¿Quién lo ha dicho?

Otros.

¿Qué otros?

Predicadores. Vicarios. Rabinos. Sacerdotes. Libros. ¡La Biblia, por amor de Dios!

Esas no son fuentes autorizadas.

¿No lo son?

No.

Entonces, ¿qué hay que sí lo sea?

Escucha tus sentimientos. Escucha tus Pensamientos más Elevados. Escucha a tu experiencia. Cada vez que una de estas tres cosas difiera de lo que te han dicho tus maestros, o has leído en tus libros, olvida las palabras. Las palabras constituyen el vehículo de Verdad menos fiable.

Hay tantas cosas que quiero decirte, tantas cosas que deseo preguntarte, que no sé por dónde empezar.

Por ejemplo, ¿por qué no te revelas? Si de verdad hay un Dios, y eres Tú, ¿por qué no te revelas de un modo que todos podamos entenderlo?

Ya lo he hecho, una y otra vez. Estoy haciéndolo de nuevo aquí y ahora.

No. Me refiero a una forma de revelación que resulte incuestionable; que no se pueda negar.

¿Como cuál?

Como apareciendo ahora mismo ante mi vista.

Lo estoy haciendo.

¿Dónde?

Dondequiera que mires.

No. Yo quiero decir de un modo indiscutible. De un modo que ningún hombre pueda negar.

¿De qué modo sería? ¿Bajo qué forma o aspecto Me harías aparecer?

Bajo la forma o aspecto que realmente tengas.

Eso sería imposible, ya que no poseo una forma o aspecto que podáis comprender. Puedo adoptar una forma o aspecto que podáis comprender,